

mecían en la esperanza de que sería elegido rey de Romanos. "No ignoro las dificultades, decía *Duplessis*, y casi las imposibilidades que para ello se encuentran; pero ¿cuántas no había para la elección de Polonia? No es ya poco para quien quiere arruinar ó debilitar la grandeza de Austria el ponerle de frente un príncipe de valor y de la Casa de Francia, irreconciliable enemigo de los de Austria,, (1). ¡Quiméricos proyectos que no tomaban en cuenta las desconfianzas, la irresolución y la pusilanimidad de los príncipes alemanes! La reacción católica avanzaba á grandes pasos; los protestantes trataban de unirse contra el enemigo común, que era la Casa de Austria; pero no tenían aliento para quererlo que deseaban. Por otra parte, para quererlo bien era indispensable un espíritu común, y la Alemania estaba profundamente dividida por las querellas entre el luteranismo y el calvinismo: ¿cómo esperar la unión entre dos confesiones que se aborrecían mutuamente aún más que aborrecían al Antecristo de Roma?

Enrique IV propuso á los príncipes alemanes una liga de todos los Estados protestantes, y al efecto escribió al duque de Sajonia: "En interés de los príncipes que siguen la religión limpia de supersticiones está el que se unan por un lazo de benevolencia y de afección mutua cuantos lo están ya por la comunidad de las creencias. Estos vínculos no deben romperse por las diferencias de opinión que reinan entre los nuestros, toda vez que estamos de acuerdo en los principales artículos de fe y que además tenemos enemigos comunes que nos persiguen con su odio... La concordia y la unidad de doctrina son las mejores armas contra las emboscadas y los ataques de los sectarios de la corte de Roma,, (2). Enrique IV despertó los temores de sus correligionarios por los peligros de que les amenazaba la alianza del papa y de España, mostrándoles al papa dominando tiránicamente á toda la cristiandad y á Felipe II usurpando parte por parte el imperio del mundo: "La ambición española, decía, sólo está contenida por la Francia como por un obstáculo levantado entre ella y su presa; una vez removido ese obstáculo, ¿qué no osarán los Españoles, cuyas ávidas miradas se dirigen hácia Alemania, aun cuando están separados

(1) DUPLESSIS MORNAY, *Cartas y memorias*, t. II, pág. 216 y siguientes.

(2) *Cartas de Enrique IV*, t. I, p. 535.

de ella por la Francia?,, El papa excomulgó á Enrique IV, le declaró destituido del trono como hereje, con cuyo motivo el rey de Francia dice al duque de Sajonia: "Si á nosotros se nos ha excluido de nuestra herencia por haber abandonado la Iglesia romana, ¿qué príncipes cristianos estarán libres de semejantes actos de injusticia? ¿Quién de ellos podrá contar con transmitir su corona á sus descendientes? ¿Á qué no se atreverá cualquiera de los partidarios del pontífice de Roma, si, aún viviendo yo y teniendo herederos, es libre de apoderarse de mis bienes y de mi herencia?,, (1). La magnitud de la empresa que proponía á los príncipes alemanes no aterraba á Enrique IV: "Si divididos hemos podido luchar con éxito contra nuestros enemigos, una vez unidos y acordes de espíritu y de voluntad podríamos fácilmente aniquilarlos,, (2). Enrique IV sabía muy bien el obstáculo que se oponía á su gran designio, las miserables disputas de los luteranos y los calvinistas, y se impacientaba contra aquellas naderías teológicas que comprometían la existencia misma de la Reforma y en las que no veía más que el espíritu orgulloso de algunos teólogos (3). Queriendo apaciguar aquellas disensiones, reclamó la convocación de un sínodo de todas las Iglesias protestantes, á fin de unir las en la fe y formar una liga contra el Antecristo romano (4). Hay que confesar que aquella unión era la más irrealizable de las utopías á fines del siglo XVI. Los príncipes luteranos querían antes de todo averiguar la creencia de los calvinistas franceses acerca de la presencia real, y después respondieron á Enrique IV que no podía haber alianza entre ellos y un príncipe calvinista; y para la salvación de su alma le enviaron la fórmula llamada de la *Concordia*: si el rey y las Iglesias reformadas de Francia la firmaban, entonces se podría tratar de la unión.

Hé ahí adónde llegó el proyecto de la *liga cristiana* concebido por Enrique IV. El rey de Francia no encontró más que mala inteligencia en unos y egoísmo en otros. Los príncipes alemanes lo subordinaban todo á la fe, y ni siquiera comprendían los verdaderos intereses de su fe. La reina Isabel, que

(1) *Cartas de Enrique IV al duque de Sajonia*, 1585 (*Colección*, t. II, p. 101, 106).

(2) *Carta de Enrique IV al rey de Dinamarca*, 1585 (*Colección*, t. I, p. 590).

(3) *Carta al duque de Sudermania*, 1583 (*Colección de cartas de Enrique IV*, t. I, p. 546).

(4) *Carta al rey de Suecia* (*Colección*, t. I, p. 530).

era todo ménos que fanática, consideraba las dificultades de religión con las que se hacía tanto ruido como bagatelas (1). La política dominaba en ella á la fe, sólo que era una política egoísta y que temía, más que nada, el engrandecimiento de la Francia. El egoísmo es mal consejero. Por no haberse unido, la Inglaterra y la Francia se expusieron á sucumbir á los golpes de su terrible adversario. En cuanto á los protestantes de Alemania, bien caro pagaron en el siglo XVII la imprevisión de los reformados del siglo XVI.

N.º 2. — *Lucha de Felipe II contra la Inglaterra y la Francia.*

Hasta la muerte de María Stuardo, Felipe II hizo á Isabel la más odiosa de las guerras, una guerra de negros complots encaminados á quitar el trono y la vida á la reina de Inglaterra. Hemos dicho en nuestro Estudio sobre las guerras de religión que el rey de España tramó la conjuración de Norfolk en complicidad con el papa. Consta de documentos auténticos que el Santo Padre y el rey católico prestaron su mano para un proyecto de asesinato. Y no se desanimó del mal éxito de esas tentativas el fanatismo católico. ¿Qué digo yo? Los asesinos eran mártires á los ojos de Roma. Los celosos temían ser de ese bautismo de sangre, y todos los días tramaban nuevos crímenes en Reims, seminario de traidores subvencionado por el rey de España. La última conspiración costó la vida á la desgraciada María Stuardo, y testigos irrecusables acreditan que fué cómplice de aquella conspiración Felipe II. Importa detenerse un instante aquí para demostrar cuál era la moralidad de un príncipe del que los católicos nos quieren hacer todos los días un santo.

Mendoza, embajador de Felipe II en París, era, ya que no el instigador, el protector, al ménos, de todos los complots contra Isabel. El 12 de Mayo de 1586 cifró de su mano un despacho á su señor, eterna vergüenza de la política española: "Se me ha dado aviso de Inglaterra de que cuatro hombres notables que tienen entrada en el palacio de la reina han resuelto matarla; que se han prometido mutuamente, por juramento, verificarlo con veneno

(1) Son las mismas palabras que dirigió en 1597 al embajador de Francia (*Actas de la Academia de las ciencias morales y políticas*, 1856, t. I, p. 163).

ó con el puñal, y que me advertirán del momento para que yo escriba á V. M., suplicándola que les preste auxilios cuando se haya efectuado la cosa; que no se descubrirán á ningún otro hombre más que á mí, á quien deben tanto y en quien tienen tanta confianza,, Felipe II tenía un interés personal en esa tentativa de asesinato, porque María Stuardo le había trasferido sus derechos á la corona de Inglaterra si su hijo permanecía protestante. Otro despacho de Mendoza nos demuestra que el rey de España favorecía á los conjurados. El embajador le escribe que los ha animado á una empresa digna de almas tan católicas y del antiguo valor inglés, y asegurando que si llegaban á matar á la reina tendrían el socorro que reclamaban de los Países-Bajos y la seguridad de ser protegidos de Su Majestad: "Yo les he prometido lo que me pedían, bajo la fe de mi palabra, y les he excitado á apresurar la ejecución de su empresa con razones que deben decidirles á ello,, Oigamos ahora á Felipe II: el rey católico no tiene ningún escrúpulo ni un momento de vacilación; se considera dichoso con la cesión que María Stuardo le ha otorgado de sus derechos al trono de Inglaterra; alaba á la reina por haber subordinado al servicio de Dios y de la cristiandad el mismo amor de su sangre, y aprueba la respuesta de Mendoza á los conjurados: "Considerando, dice, la importancia de los acontecimientos, si Dios, que ha tomado ahora mano en su propia causa, quiere que se logren, habeis hecho bien en acogerles y excitarles á llevar adelante su empresa... Por el conocimiento de semejantes personas me parece fundado el asunto, y por mi parte estoy decidido á secundarles, para el servicio de Dios, para la libertad de los católicos y el bien de ese reino,, (1). La trama estaba bien urdida, como lo dice Felipe II; pero felizmente para Isabel, tenía un servidor celosísimo y más hábil para desbaratar los complots que el rey de España para formar los; *Walsingham* salvó á la reina, pero á costa de la vida de María Stuardo.

Felipe II preparó una venganza terrible; lanzó contra Isabel su armada *invencible* y se hizo apoyar por los anatemas del Vaticano. La reina desplegó tanta actividad como denuedo cuando vió que el peligro era inminente: buscó aliados en todos los Estados protestantes, y hasta el hijo de

(1) MIGNET, *Hist. de Maria Stuardo*, t. II, c. X.

María Stuardo se puso al servicio de aquella que había dado muerte á su madre: el interés político se sobrepuso á la voz de la sangre. Isabel envió emisarios á Francia y hasta solicitó los socorros del Turco. "Los sectarios de Mahoma, que hacían guerra á muerte á los idólatras, ¿caso no eran también enemigos de la idolatría católica? Si Felipe II llegaba á apoderarse de la Inglaterra, la ruina de los Turcos era indudable," (1). La reina de Inglaterra adoptaba, aunque un poco tarde, el partido á que la venía invitando Enrique IV hacia muchos años. Pero de nada la hubieran servido aquellos proyectos de alianza ni aquellos ejércitos improvisados si las tempestades no hubieran detenido y destrozado despues la *invencible* armada. Los preparativos de ésta habían esparcido el terror en toda la cristiandad y aun entre los infieles: "Humanamente juzgando, dice un contemporáneo, se hubiera creído que aquéllos bastaban, no sólo para conquistar la Inglaterra, sino el mundo entero," (2). En tan solemnes momentos se hace siempre sentir la acción de la Providencia; despues de la victoria, el conde de Leicester escribía al conde de Shrewsbury "que Dios había combatido poderosamente por S. M.," (3).

No quiere esto decir que la victoria del catolicismo sobre la Reforma y de la monarquía española sobre las nacionalidades hubiese sido definitiva, aun cuando Alejandro Farnesio hubiese desembarcado sus aguerridos tercios en las costas de la Gran Bretaña. Cierta que Felipe II había contado con el apoyo de los católicos, que aun formaban la mitad de la población; pero los católicos, dice un historiador inglés, temían tanto como los otros ver á su patria expuesta á la crueldad ordinaria de los extranjeros (4). También Roma encontraba fanáticos que conspirasen contra la vida de la reina, y los encontró en tiempo de Jacobo I hasta para tramar la horrible conspiración de la pólvora; pero los fanáticos están siempre en insignificante minoría: las naciones no conspiran. Á despecho de las excitaciones de Roma, la raza inglesa, aun cuando católica, jamás hubiera aceptado el yugo de España. La Reforma anglicana no era más que la suble-

(1) STRADA, *de Bello belgico*, t. II, p. 407 y siguientes.

(2) KHEVENHILLER, *Annales Ferdinandei*, t. III, p. 631.

(3) "God had fought mightily for Her Majesty" ELLIS, *Carter*, serie 2.ª, t. III, p. 141.

(4) Véanse los testimonios en LINGARD, *Hist. de Inglaterra*, tomo VIII, p. 380, nota 2.

ción del espíritu nacional contra la tiranía de los papas; la necesidad de independencia y de libertad era universal, y tenía más fuerza que el catolicismo y que Felipe II.

II.

El rey de España halló el terreno mejor preparado en Francia. El fanatismo ultramontano, exaltando la población inflamable, había casi destruido el sentimiento de la patria; y la integridad del territorio, es decir, la existencia misma del Estado se subordinaba al sostenimiento de la antigua religión. Católicos fueron los que escribieron estas criminales palabras: "Aun cuando el reino fuera de menos extensión de lo que es, una vez que se viese purgado de herejía y de ateísmo podría hacer más bien á la república cristiana y á sí mismo que haría con la corrupción presente, aunque fuese más grande que toda el Asia," (1). Desde el principio de las guerras de religión, los católicos franceses volvieron su vista hácia el príncipe que era como el jefe del mundo católico. Un embajador veneciano escribe en 1571 (2): "Los que gobiernan la Francia temen á Felipe II tanto como lo desean los católicos, y especialmente los preladados, los cuales sólo esperan de él la salvación." Ya en 1564 pensaba el rey de España en hacerse dueño de la Francia, "á la sombra de la religión católica y con el apoyo de los Guisais," (3). En 1567, el cardenal de Lorena ofreció plazas fuertes á Felipe II, y le recordó el derecho de su hija al trono de Francia. El duque de Alba se apoderó ávidamente de la idea de aquel traidor y escribió á su señor (4): "Si llegan á morir el rey de Francia y sus hermanos, se podría reivindicar la corona para V. M., como lo propone el cardenal de Guisa, en razón al derecho de la reina nuestra señora. La ley sálica de que se habla es una broma, y las armas allanarían las dificultades que ella opone." Los católicos se preocupaban vivamente de esa idea y la aplaudían; hasta se hablaba de la necesidad de algún nuevo Hugo Capeto que reemplazase á la mala raza de la Flo-

(1) RANKE, *Französische Geschichte*, t. I, p. 513, nota.

(2) SORIANO, *Relazione*, en TOMASEO, t. I, p. 560.

(3) *Memoria sobre lo que es necesario hacer para el servicio de S. M. el rey católico* (GRANVELA, *Papeles de Estado*, t. VIII, página 23).

(4) GACHARD, *Correspondencia de Felipe II*, t. I, p. 593.

rentina y de los Borbones (1). Dicho se está que el hombre deseado, el regenerador de la Francia, era Felipe II. ¡Qué ceguedad! Se saludaba como un salvador al príncipe que llevaba la España á una decadencia fatal, siendo precisamente la causa de esa decadencia el catolicismo estrecho que Franceses culpables querían imponer á su patria. Si la Francia llegó á ser grande y fuerte, fué precisamente porque se sustrajo á ese régimen de embrutecimiento intelectual.

Entre tanto, la extinción de la familia de los Valois ofrecía una buena coyuntura al rey de España. En 1589, viviendo aún Enrique III, los partidarios de la liga propusieron que se declarase protector del reino de Francia á Felipe II. Cierta es que añadían que se impusieran condiciones al rey de España; pero los más ciegos adivinaban lo que se pretendía; el protectorado debía allanarle el camino para llegar al trono (2). Despues del asesinato del duque de Guisa, los de la liga no guardaron ya miramiento alguno; el duque de Mayena, que hasta allí había afectado sentimientos franceses, se dirigió á Felipe II como al único defensor de la Iglesia contra los herejes, cuya causa era entonces la de Enrique III (3). Había, sin embargo, en el campo católico, algunas almas honradas que se horrorizaban de hacer armas contra su rey; y para calmar sus escrúpulos, se recurrió á la Sorbona, primera autoridad teológica de la cristiandad. La sagrada facultad, iluminada con la luz de las Santas Escrituras y la de los cánones, concilios y decretos de los soberanos pontífices, declaró "que los súbditos de Enrique III, no solamente estaban libres del juramento de fidelidad, sino que podían armarse contra él sin cargo alguno de conciencia," (4). Enrique III escribió á Felipe II que la liga no era otra cosa más que una rebelión cubierta con el velo de la religión (5). En el día se jactan los católicos de ser los conservadores por excelencia, y protestan de no haber predicado nunca la rebelión; todo lo más que se permiten es la resistencia pasiva. La liga es una respuesta á esa doc-

(1) Carta de Fonc al cardenal Graavela (GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. VIII, p. 134).

(2) PALMA CAYET *Cronología novenaria* (PETITOT, t. XXXIX, página 323).

(3) CAPEFIGUE, *Hist. de la Reforma*, t. V, p. 307.

(4) *Archivos curiosos de la historia de Francia*, serie 1.ª, t. XII, página 332: "Auditis multis et variis rationibus, que magna ex parte tum ex Scripturis sacris, tum canonicis sanctionibus et decretis pontificum..."

(5) CAPEFIGUE, *Hist. de la Reforma*, t. V, p. 349.

trina de escenario; Felipe II, el jefe del catolicismo, hollaba los derechos de la monarquía cuando se trataba de la causa de Dios: "Protestamos ante Dios y ante sus ángeles que los preparativos que estamos haciendo no tienen más objeto que el de la exaltación de nuestra madre la Santa Iglesia católica, apostólica romana, el reposo de los buenos católicos bajo la obediencia de sus legítimos príncipes, la extirpación de toda clase de herejía, la paz y la concordia de los príncipes cristianos." Tantas mentiras como palabras.

Se ha tratado en nuestros días de rehabilitar la liga en nombre de la religión y de la libertad. En honor del catolicismo, sus defensores hubieran debido guardar silencio: "Culpable para con el último Valois, dice Chateaubriand, la liga fué inocente respecto del primer Borbon." Entremos en algunos detalles, y los hechos decidirán. Oigamos, por de pronto, el derecho de la Sorbona contra Enrique IV: "La sagrada facultad, despues de haber asistido á la misa del Espíritu Santo, declara que *por derecho divino* está prohibido á los católicos aceptar por rey á un hereje, y más particularmente á un relapso excomulgado nominalmente por la santa sede; que aquellos que trabajan porque suba al trono semejante personaje violan los sagrados cánones y se hacen sospechosos de herejía; que aun cuando Enrique de Borbon obtuviese una absolución, no por eso estarían los Franceses menos obligados á rechazarle; que los que le prestasen auxilio estarían en pecado mortal, como desertores de la religión, *mientras que aquellos que se le opusieran se harían grandemente meritorios ante Dios y los hombres; y que siendo aquéllos temerarios en preparar el reino de Satanás, les está preparado el fuego eterno, mientras que estos otros tendrían el cielo por recompensa, y como defensores de la fe alcanzarían la palma del martirio*," (1). Para que nada faltase á esa justificación de rebelión, el legado del papa aprobó la decisión de la Sorbona. Y como los católicos moderados, para restituir la paz á su patria, trabajaban por traer á Enrique IV al seno de la Iglesia, el legado prohibió todo concilio que con tal objeto se celebrase, declarando de antemano excomulgados y depuestos á cuantos obispos asistiesen á él (2). El papa dió siempre su aprobación

(1) *Memorias de la Liga*, t. IV, p. 268.—L'ESTOILE, *Diario* (PETITOT, t. XLVI, p. 45-47).

(2) POIRSON, *Hist. de Enrique IV*, t. I, p. 67.

á los de la liga, diciendo que eran los verdaderos fieles, los hijos de la esposa legítima, mientras que infamaba con el nombre de bastardos á los católicos fieles á su rey (1).

Nada más odioso, nada más irritante que las injurias y las calumnias lanzadas contra Enrique IV desde los púlpitos católicos. Vamos á reproducir algunos rasgos de esa polémica nauseabunda, para que se vea hasta dónde pueden extravaiar las pasiones religiosas. Los términos más cultos de que se servían los predicadores, hablando del rey de Francia, eran los de *bastardo* y de *hijo de p...* El famoso Boucher le llamó... "el dragon rojo de que se hace mención en el Apocalipsis," y dijo que su madre era "una vieja loba que se llenaba donde ella podía." El jesuita Commolet le trató de "malvado tirano, de perro y de hereje." Un Italiano que predicaba la cuaresma de Paris dijo que Enrique "había cohabitado con nuestra madre la Iglesia y hecho á Dios cornudo, habiendo empuñado á las abadesas de Montmartre y de Poissy; pero que Dios daría cuenta de él." El obispo Rosa, hablando del rey, exclamó: "¿Cómo tendría valor para recibir á ese tirano que ha metido el brazo hasta el codo en la sangre de los católicos y hecho enterrar vivos á los sacerdotes hasta el cuello?" "Más valdría, dijo el prior de los Carmelitas, tener por rey al Turco que á Enrique IV," (2). No había mentira que los predicadores no afirmasen para hacer odioso al rey en el ánimo del pueblo; decían "que había prometido á sus ministros destruir la religión y arruinar la ciudad de Paris, que era su más fuerte baluarte." Para hacer creer cosas tan increíbles se fabricaban falsos documentos que se iban á leer en las llamadas cátedras de la verdad (3).

Enrique IV se convirtió para dar la paz á la Francia, y envió un embajador á Roma encargado de reconciliarle con la santa sede. Felipe II, ese devoto hijo de la Iglesia, se opuso con todo su poder á la reconciliación; y su embajador se atrevió á decir al papa que, si no expulsaba al enviado del rey de Navarra, su amo y señor le haría deponer del pontificado en un concilio español (4). Despues

(1) Véase la parte novena de mis *Estudios históricos*.

(2) *Diario de L'ESTOILE*, en PETITOT, XLVI, p. 128, 137, 342, 357.

(3) *Diario de L'ESTOILE*, en PETITOT, t. XLVI, p. 91.—*Memorias de la Liga*, t. I, p. 131.

(4) PALMA CAYET, *Cronología*, en PETITOT, t. XL, p. 88.

de la conversión del rey redoblaron los furores de la liga. El cura de San Andrés exhortó al pueblo "á que no le aceptase de modo alguno, por más que hiciese profesión de fe, porque aquello no era más que superchería é hipocresía; y que un relapso como él no era bueno más que para quemarle. Se dice que será católico, exclamaba el fogoso predicador, y que irá á misa. ¡Oh, amigos míos! también van los perros; y yo os diré más: que si va una sola vez no habrá más religión, ni más misas, ni más procesiones, ni más sermones. Y esto es tan cierto como Dios está en el santo sacramento del altar que yo voy á recibir." Un franciscano aseguró "que un rayo caería sobre el rey el mejor día ó que reventaría; así como así, dijo, ya tiene el bajo vientre podrido por lo que ya sabeis," (1). Se le acusó desde el púlpito de adorar á los demonios: "Lo que dió causa, dice un contemporáneo, á que el pueblo incauto se encaprichase sin discernimiento en rebelarse contra él."

Hé aquí cómo los predicadores de la liga ilustraban al pueblo desde la cátedra del Espíritu Santo. Lo que aumentó la infamia de sus mentiras es el que estaban pagadas con oro español; los de la liga estaban á sueldo de Felipe II, y los más celosos se prostituyeron hasta ofrecerle la corona. Hay que leer la carta humillante que escribieron los *Diez y Seis* al rey de España, para ver hasta dónde hace olvidar á la patria el fanatismo católico: "Podemos asegurar á V. M. que los votos de todos los católicos son los de verle reinar en este país, echándonos en sus brazos como en los de nuestro padre, para que ponga aquí alguno de sus descendientes, y con la alianza perpetua de estas dos grandes monarquías fraternicemos en el adelantamiento de la gloria de Nuestro Señor Jesucristo, en el esplendor de su Iglesia y en la union de todos los habitantes de la tierra bajo las enseñanzas del cristianismo," (2). Felipe II tomó en serio esos votos comprados con oro, y entabló negociaciones para hacer reconocer á su hija reina de Francia; y si fracasó, fué por exceso de ambición. Pretendía que la Francia, con desprecio de la ley sálica, recibiese á la infanta española como legítima heredera del trono; ya creía realizada la monarquía

(1) L'ESTOILE, *Diario*, véase en PETITOT, t. XLVI, p. 387, 395, 392, 419.

(2) PALMA CAYET, *Cronología*, en PETITOT, t. XXXIX, p. 10.

(3) PALMA CAYET, *Cronología*, en PETITOT, t. XL, p. 360.

universal; y en verdad, ¡quién hubiera podido resistir al señor de la España, de la Italia, de Francia y de los Países-Bajos!

Fué necesario, sin embargo, someterse á un aparato de elección: los estados generales de la liga se reunieron en Paris para decidir de la suerte de Francia; Felipe II envió un embajador encargado de negociar la adquisición de la corona para la infanta Isabel. El duque de Feria arengó á los Estados, y despues de haber enumerado todo lo que su rey y señor había hecho en favor de la fe, terminó diciendo que la salud de la Francia reclamaba un príncipe abrasado de ardiente celo por la religión católica, apostólica, romana (1). El cardenal de Pelevé, arzobispo de Reims, acentuó aún más las alabanzas á Felipe en su respuesta al Español: "Aquél es verdaderamente católico, que no solamente en su país, sino en los reinos extranjeros, está resuelto á propagar y defender la religión católica contra los esfuerzos de los Turcos y de los herejes... ¿Y quién es aquel que no le da alabanza, que no le ama y le admira, tanto por sus virtudes como por el celo ardiente que siempre ha desplegado por el sostenimiento y propagación de la religión católica?" El orador pone á su héroe por cima de Trajano, de Teodosio y hasta por cima de Carlos V: "Es el rey católico por excelencia; la Francia le reconoce por su libertador despues de Dios," (2). Tal fué el lenguaje empleado por el patriarca de las Galias. Los embajadores de España declararon á los Estados que, no habiendo dejado heredero varon el rey Enrique III, era claro que, segun el derecho natural, el divino y el civil, S. A. la infanta era heredera legítima del reino. Que á esto se una la elección, dijeron, si hay necesidad, (3). El legado intervino para apoyar á España, y dijo: "Que el papa le había enviado á Francia para procurar la elección de un rey que, lleno de celo por la fe católica, pudiese contener los esfuerzos de la herejía, y exhortó á la asamblea para que se aprovechase pronta y oportunamente de la buena ocasión enviada por la Providencia para asegurar la religión católica en el reino," (4). La proposición fué favorablemente acogida en la cámara

(1) Actas de los *Estados generales de 1593*, publicadas por A. BERNARD, p. 129.

(2) *Estados generales de 1593*, p. 137-141.

(3) *Estados generales de 1593*, p. 213.

(4) *Estados generales de 1593*, p. 263, 289.—DE THOU, *Historia universal*, lib. CIII.

del clero: no quedaba en los prelados ni una chispa de patriotismo. Pero aún en el seno de la liga se dibujó una viva reacción contra la dominación extranjera. ¿Qué responde el clero? "Que se hacía mal en llamar extranjeros á los Españoles, puesto que entre cristianos no hay extranjeros," (1). Esto equivale al cosmopolitismo católico. El estamento de la nobleza no fué de esa opinión, y para rechazar al Español se atrincheró con la ley sálica. Otro tanto sucedió en el estamento popular, el cual, por medio del parlamento, encargó al teniente general del reino que velase "para que, so pretexto de religión, no pasara la corona de Francia á mano extranjera, contra las leyes del reino," (2). El amor de la patria triunfó del fanatismo ultramontano.

La conversión abrió las puertas de Paris á Enrique IV; mas para que su reconciliación fuese completa se necesitaba la absolución del papa. Felipe II dominaba en Roma y contaba con estorbar que la santa sede reconociese á Enrique IV, é hizo violencia literalmente al Santo Padre. El duque de Nevers, embajador de Francia, nos ha dado á conocer las amenazas con que el rey de España aterraba á la corte de Roma: "Si el papa otorga su absolución á Enrique, Felipe II sitiara por hambre la ciudad, sembrará un cisma en la monarquía española, hará que el emperador reivindicque á Roma y á las demás ciudades pertenecientes al imperio, y le ayudará á hacer efectivas sus reclamaciones; en caso necesario le declarará la guerra, como ya lo había hecho á Paulo Farnesio," (3). Clemente VIII se plegó durante mucho tiempo á estas amenazas; pero cuanto más violentas eran, más daban que pensar al papa; se despertó una viva reacción en Roma contra la dominación española, y se vió que, si Felipe II alcanzaba el objeto de su ambición, el soberano pontífice no sería ya más que un instrumento del rey de España. Por otra parte, el cisma era inminente en Francia; de modo que el interés de la religión se unía al de la santa sede para inspirar al papa el valor de afrontar la cólera de España. En definitiva, la corona de Francia se le escapó á Felipe de entre las manos, como se le había escapado la de Inglaterra. El espíritu de independencia nacional se rebeló contra las pretensiones de la Casa de

(1) *Estados generales de 1593*, p. 392.

(2) *Estados generales de 1593*, p. 546, 736 y siguientes.

(3) *Memorias del duque de Nevers*, t. II, p. 716.